

La escritura y lectura nuestras de cada día

Por: Clinton Ramírez C.

La escritura quizá sea el juguete humano más maleable, dúctil y resistente. El asombro y la renovación viajan en su sangre múltiple. Es generosa además con quienes la frecuentan al regalarles el giro insólito, la invención de un significado de pronta aceptación en las comunidades donde saltan a la vida simbólica. Tratar con ella, con sus palabras, sus silencios, representa una aventura garantizada.

Escribir será siempre un acto extraordinario, independientemente de las tipologías y los géneros al uso. Contestar una carta, agregar un dato al diario personal o confeccionar la lista de mercado tienen el efecto de colocar a nuestro servicio, en un juego de reacciones imprevistas, un arsenal cambiante de posibilidades expresivas. Leer, en el otro extremo de la figura, esconde igualmente infinitas opciones creativas. Un afiche, un cartel, un anuncio de vida efímera, aparte de enseñarnos el espíritu de una época, de identificar una zona cultural del mundo, guardan revoluciones impensadas, invitaciones que las miradas sagaces de artistas e investigadores convierten en otros símbolos y otras representaciones.

«Somos nuestra memoria, nuestras emociones, nuestros mitos»

Basta que concibamos una primera idea de la mano de unas pocas palabras para que el lenguaje suba hasta nosotros en labores de asistencia. El resultado será más fácil o más difícil en unos o en otros, pero será sin duda pagado con las monedas de la satisfacción en la medida en que la escritura viabiliza el milagro de concretar nuestro sentir y pensar. En este ejercicio habrá algo o mucho de rutina, de tránsitos previstos, de estaciones revisitadas, aunque igual sorpresas, hallazgos y encuentros que subrayan para el lenguaje, escrito y verbal, su naturaleza de instrumento en permanente

modo de invención. Somos nuestra memoria, nuestras emociones, nuestros mitos. Somos también el lenguaje que recibimos y transferimos de una generación a otra.

Algo similar sucede con la escritura en escenarios formales, regulados, como el académico. Allí también el viejo y camaleónico aparato se las arregla para poner en un artículo de divulgación, en una tesis, en una monografía, los resultados de años de investigación sobre la vida de un arrecife caribeño, un osito de los nevados o una comunidad de pescadores en las solitarias aguas de la Ciénaga Grande. Esta alegría expansiva es más grata cuando esos esfuerzos, a veces aislados y de toda la vida académica, adoptan la forma de un libro que oficializa un aporte teórico o la del manual pensado y concebido para facilitar el tránsito de los chicos en sus años de formación. La experiencia resulta valiosa cuando el texto escrito integra en sus páginas las marcas de sangre de la propia cultura en donde surge. Son libros –el libro de texto, el manual de laboratorio, la investigación doctoral– que significan la historia de generaciones de estudiantes, de docentes y centros de enseñanza interesados en transformar sus entornos de influencia. Todavía, sin embargo, queda una alegría mayor, aquella que corre por cuenta de las escrituras derivadas de las recepciones de los libros concebidos y editados por las instituciones educativas. Me refiero a las reseñas, los comentarios y ensayos valorativos, especies responsables de que los libros entren en contacto con comunidades más amplias.

Todos estos milagros permanentes, todos estos ejercicios de escritura en cadena, son los que auspicia hará algunos años la Universidad del Magdalena a través de su Programa Editorial. Si para un fondo de publicaciones constituye una benéfica inversión intelectual editar cada año una veintena o treintena de libros, de diferentes especies y formatos, la fundación de una publicación seriada representa otro motivo de complacencia, más si su objeto es divulgar el quehacer editorial de la institución, de inventariar el impacto

«He hablado de milagros, de esfuerzos, de felices ejercicios de escritura en cadena, pero conviene ser menos metafóricos»

de sus novedades. Es sumar un milagro a otros en una reacción afortunada. A este desarrollo encadenado habrá que atribuir, incluso por encima de una voluntad titánica, el origen de la revista *Entre Textos*: creada para dar cuenta periódica de las distintas trayectorias de los textos publicados, de sus historias particulares una vez inician el comercio con los lectores empíricos. Algunos de los cuales, agradecidos y entusiastas, los reseñan, los comentan y hasta los analizan en periódicos, libros y otras revistas, en medios físicos o soportes digitales. He hablado de milagros, de esfuerzos, de felices ejercicios de escritura en cadena, pero conviene ser menos metafóricos. Indicar sencillamente que estas expresiones agradecidas son síntomas de la madurez de un proyecto editorial cuidadoso al expandir sus fronteras, más allá o más acá del empeño de cumplir una meta o rebasar un indicador de gestión.

Entre Textos será con el tiempo algo más que el medio ideado por el Programa Editorial de la Universidad del Magdalena para inventariar y promover la producción intelectual y artística de sus comunidades y de las comunidades universitarias nacionales o extranjeras con las que mantiene convenios de edición y otras alianzas.

En este segundo número, *Entre Textos*, además de presentar las novedades del Fondo Editorial, recoge comentarios, reseñas y artículos de los libros editados en el último semestre de 2019, algunos de

ellos acompañados de fotos tomadas durante los lanzamientos en ferias de libros y congresos nacionales e internacionales. El número y la calidad de tales recepciones, firmadas en Colombia, pero igual en otros países, deben leerse como la más enfática demostración del posicionamiento del proyecto editorial de la universidad y, de contera, de la transformación académica de la Universidad del Magdalena. Esta salida de la revista, afortunada en varios sentidos, coincidirá con la segunda edición de otra obra de madurez del proyecto editorial, la Feria Internacional del Libro de Santa Marta –FILSMAR–, que se celebra en mayo con una nutrida participación de editoriales, distribuidores, investigadores y escritores colombianos y extranjeros, y que el año pasado, al romper fuego, rebasó las expectativas más optimistas en número de visitantes, de expositores y de libros vendidos, cifras significativas en una región de notorios bajos ingresos y mediocres índices de lectura, según distintos informes y mediciones.

Con esta nueva salida de *Entre Textos* se invita una vez más a compartir los renovados milagros de la escritura y su contraparte gemela, la lectura. Firmes, imperecederas, testimonian un valor pujante frente a los anuncios apocalípticos de quienes con algo de inocente soberbia proclaman el triunfo final de los medios digitales. La escritura y la lectura acompañarán los sueños y las experiencias de hombres y mujeres en donde quiera que haya hombres y mujeres dispuestos a escribir y leer. Otra cosa son los soportes. El paso de las tablillas de barro al papel facilitó en lugar de entorpecer el desarrollo del binomio escritura lectura. Sucede igual con los medios digitales. Muy distinto es que subsistan miradas de sospechas sobre la escritura y la lectura. Todas las épocas y civilizaciones las han avivado en cantidades estelares. Un pequeño número de escribas y lectores por cada millón de personas basta para que el cambiante mundo de los libros, las revistas y los diarios exista más allá de los nuevos apocalipsis. 